

## Sobre experiencia, delirio y fascismo. Una articulación desde la estética de Th. Adorno

Luciano Pascual<sup>1</sup>

Recibido: 6 de diciembre de 2020 / Aceptado: 13 de abril de 2021

**Resumen.** Este trabajo recupera a pensadores de Frankfurt, principalmente Adorno y Horkheimer, para reflexionar en torno a las lógicas del fascismo y su articulación con el delirio. Dichos autores han sostenido una apuesta política al no hipostasiar la diferencia entre fenómenos como el nazismo Alemán y la industria cultural. Ambos fenómenos reproducirían una racionalidad al servicio del dominio, del rechazo a la diferencia y de la anulación de la reflexión individual. Este trabajo busca determinar aquellos rasgos de esta racionalidad que permiten vincularla con formas totalitarias en el conocimiento, en la experiencia sensible y en la organización política. Específicamente nos detendremos en el concepto de experiencia empobrecida, leyendo desde aquí cómo esta racionalidad puede conjugarse con elementos delirantes, aniquilando la mediación reflexiva individual y reaccionando con conductas totalitarias. Finalmente, lo contrastaremos con el concepto de *experiencia de la obra de arte* que permitirá pensar formas no violentas de sensibilidad y reflexión.

**Palabras clave:** Experiencia; delirio; fascismo; industria cultural; Estética de Th. Adorno.

### [en] About experience, delusion and fascism. An articulation from the aesthetics of Th. Adorno

**Abstract.** This work recovers thinkers from Frankfurt, mainly Adorno and Horkheimer, to reflect on the logics of fascism and its articulation with delusion. These authors have sustained a political bet by not hypostasizing the difference between phenomena such as German Nazism and the cultural industry. Both phenomena would reproduce a rationality at the service of domination, the rejection of difference and the annulment of individual reflection. This work seeks to determine those features of this rationality that allow it to be linked to totalitarian forms in knowledge, in sensitive experience and in political organization. Specifically, we will dwell on the concept of impoverished experience, reading from here how this rationality can be conjugated with delirious elements, annihilating individual reflexive mediation and reacting with totalitarian behaviors. Finally, we will contrast it with the concept of experience of the work of art that will allow us to think about non-violent forms of sensibility and reflection.

**Keywords:** Experience; delusion; fascism; culture industry; Th. Adorno's Aesthetic.

**Sumario:** 1. Introducción. 2. Experiencia empobrecida y delirio. 3. Debilitamiento del yo y fascismo. 4. Inmediatez y reflexión en la experiencia de la obra de arte. 5. A modo de conclusión. Referencias.

**Cómo citar:** Pascual, L. (2022) Sobre experiencia, delirio y fascismo. Una articulación desde la estética de Th. Adorno. *Arte, Individuo y Sociedad* 34(1), 129-142.

<sup>1</sup> Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)  
E-mail: lucianopascual7@gmail.com  
<https://orcid.org/0000-0003-4646-3599>

## 1. Introducción

Este trabajo busca analizar algunas vinculaciones estructurales entre lo que los pensadores de la Escuela de Frankfurt denominaron experiencia empobrecida, lógicas del fascismo y elementos delirantes en la experiencia. Entendemos que la complejidad de los fenómenos sociales contemporáneos requiere que esta intención comparativa se realice en un análisis minucioso que profundice en los diversos elementos en cuestión. Aun cuando la envergadura de este análisis requeriría pasar revista a una pluralidad de fuentes teóricas y enfoques disciplinares heterogéneos, algo que excede las posibilidades de este trabajo, cabe decir que algunos textos clásicos de la Escuela de Frankfurt pueden resultar valiosos y fecundos para comenzar a trazar este camino.

A su vez, los debates y los conceptos que trabajaron aquellos autores logran hoy, en contextos de crisis global, un nuevo derecho. Diversos ensayos, estudios e informes han dado cuenta de las formas en las que las narrativas y las políticas discriminatorias se han agudizado durante el contexto de pandemia mundial. Slavoj Žižek señalaba ya en febrero del 2020, días antes de que OMS haya caracterizado la situación como pandemia, que la propagación del coronavirus estaba siendo acompañada por la propagación de otros virus “ideológicos”, latentes en las sociedades, como el racismo y la paranoia (2020). El pensador esloveno, al mismo tiempo, sostenía que, ante la amenaza que significaría el COVID-19 para el orden capitalista hegemónico, era necesario propagar otro virus: “el virus de pensar una sociedad alternativa” (Žižek, 2020, p. 22). Pero pensar futuros radicales también implica reconocer presentes concretos. Así es que este trabajo busca ser un aporte a la caracterización de este virus oscuro, el que muestra sus síntomas en el sujeto fascista y delirante, y que se hace presente en cada contexto de maneras novedosas. Nuestro abordaje del problema se constituye desde una perspectiva filosófica y estética, recuperando y re-articulando los conceptos con los que los pensadores de Frankfurt pensaron el nazismo alemán, la industria cultural y la personalidad autoritaria de su época. Este trabajo parte de aquellas lecturas, las cuales consideramos valiosas y, en cierta medida, vigentes para problematizar y comprender nuestro presente.

En efecto, siguen siendo significativos los aportes de Adorno y Horkheimer para establecer los íntimos vínculos entre fenómenos aparentemente distantes como lo son el nazismo alemán y la “experiencia americana” de la sociedad de masas. Tanto la democracia estadounidense como el régimen totalitario en Alemania podían ser estrechamente vinculados desde el enfoque de una cierta “aniquilación” del individuo, o de un empobrecimiento de la experiencia. Sus estudios sostenían así una apuesta política por no disociar estos fenómenos analizando, en ambos, las semejanzas en las formas de organización de la vida externa y la vida interna de los sujetos. Así también, Fredric Jameson (2010) llega a caracterizar la consolidación a nivel mundial del modelo de producción, circulación y consumo que impone la industria cultural como una “variación dentro de un único paradigma (de dominación) más que como una victoria de un paradigma sobre otro” (p. 218). Este paradigma homogéneo de sujeción puede ser comprendido, según la tesis central de *Dialéctica de la Ilustración*, como el triunfo de la alianza entre Ilustración y mito. Al día de hoy siguen siendo provocadores los paralelismos que Adorno y Horkheimer establecieron entre el nazismo alemán y la cultura de masas triunfante en los regímenes democráticos del capitalismo, entre una crueldad organizada y una diversión organizada. Provocadores, a su vez, porque

en vastas oportunidades lograron construir tales vinculaciones a partir de imágenes cotidianas –como la comparación entre la publicidad radial de mercancías y la orden comandada por el Führer (Horkheimer y Adorno, 1998, p. 204). Pero el sentido de estas imágenes rápidas, no es otro que el de develar los rasgos compartidos por dos maneras de organizar completamente la vida externa, material y, cada vez más, producir y disciplinar la experiencia, la vida interna, sensible y psíquica de los sujetos. A este proceso Adorno y Horkheimer lo llamaron totalitarismo.

En este marco, el presente artículo estará estructurado en tres momentos. En el primero de ellos nos detendremos en la noción de experiencia empobrecida y rastreamos el rol que puede cumplir el delirio en la compensación de la incapacidad de la experiencia. Comprenderemos que esta experiencia empobrecida, que implicará la atrofia facultades tales como la del discernimiento, será lo que podrán observar como un momento compartido entre la Alemania nazi y la naciente cultura de masas estadounidense. En el segundo momento nos detendremos en los aportes del psicoanálisis que incorporan los pensadores de Frankfurt en su crítica. Allí consideraremos algunas vinculaciones entre la dinámica psíquica y las heridas que logran los regímenes totalitarios, donde el delirio encuentra fundamento material como intento de curación, como elemento ilusorio de la conciencia en pos de la adaptación del individuo a la sociedad. En el tercer momento retomaremos la noción de experiencia de la obra de arte de Adorno que nos permitirá, por contraste, profundizar la comprensión de la lógica de una experiencia endurecida. Además, nos permitirá mediar conceptos desarrollados en las primeras dos partes, como los de inmediatez, reflexión y construcción de sentido. Finalizaremos el trabajo recapitulando las conclusiones de cada uno de los momentos.

## **2. Experiencia empobrecida y delirio**

Las tesis de la dominación totalitaria presentes en los análisis de Adorno y Horkheimer no se desentendieron de la dimensión subjetiva de la experiencia. En efecto, el punto de vista del sujeto aparece reiteradamente como una instancia en la que pueden leerse las huellas materiales de la dominación. En este sentido, el ensayo sobre la industria cultural hace de la dinámica entre los mecanismos objetivos de dominio y los comportamientos subjetivos el núcleo de sus interpretaciones. La industria cultural es comprendida aquí como un entero proceso de socialización que no sólo ordena eficientemente las formas de producción y distribución, sino que adiestra los propios mecanismos de la percepción, los hábitos de consumo y las falsas formas de satisfacción de los deseos y necesidades.

Aun más, retomando motivos kantianos, los autores reconocen que la facultad de juzgar - vinculada a la síntesis entre la multiplicidad de las intuiciones sensibles bajo la unidad del concepto - ya no logra ser desarrollada espontáneamente por el individuo (Horkheimer y Adorno, 1998, p. 169). Más bien es la industria cultural la que consigue organizar la experiencia sensible ofreciendo por anticipado tal síntesis: para cada fenómeno, para cada gesto, para cada estímulo es dado de antemano un sentido final. La unidad de sentido, la interpretación del mundo fenoménico, carece de facultad reflexiva individual en el “mundo administrado” por la industria cultural. En este marco, la interpretación sin reflexión es permitida por el esquematismo dado de antemano, el cual objetiva de inmediato lo percibido sensiblemente con

un concepto afín a la industria. El esquematismo de la percepción que propugna la industria cultural imposibilita entonces, la consideración de aquellas diferencias entre los fenómenos particulares y provoca, al mismo tiempo, una falsa identidad entre lo particular y lo universal, entre el estímulo sensible y su significado, entre el producto y su concepto. Así, instaura una “poesía de lo cotidiano” (Horkheimer y Adorno, 2009, pp. 283-284), asignándole a cada imagen que se presenta en el mundo un mensaje ya descifrado. Allí es donde el sujeto sólo debe reproducir las asociaciones predeterminadas por la industria. Atrofia, de esta manera, la reflexión individual que otrora habría sido necesaria para distinguir el carácter ilusorio de la apariencia de las imágenes.

A dicha capacidad de reconocer la frontera entre imagen y realidad se la ha denominado “consciencia estética” (Horkheimer y Adorno, 2009, pp. 283-284). Por el contrario, en la configuración de un lenguaje “natural” de la cultura capitalista, en donde cada concepto se realiza plenamente en las imágenes del mundo cotidiano, en donde el dato, la información, agota la totalidad de lo existente (Horkheimer y Adorno, 2009, pp. 301-302), los autores identifican los motivos, no sólo de una forma de dominio, sino también de una forma de locura (pp. 173-174). En esta realización del sueño wagneriano de una “obra de arte total”, en donde “la coincidencia entre palabra, imagen y música se logra de forma tanto más perfecta” (Horkheimer y Adorno, 1998, p. 169), el mundo se presenta como totalidad plenamente identificada, cerrada a la diferencia. El dominio se logra a partir de una interpretación que se pretende totalmente plena a costa de desechar toda diferencia que no se adapte al esquema. Y, tal como señalan los autores en referencia al antisemitismo, entre esta lógica de pensamiento “(...) y la totalidad ha existido desde el principio la relación más estrecha. La ceguera alcanza a todo porque no comprende nada” (Horkheimer y Adorno, 1998, p. 194).

La era post-liberal se devela totalitaria ya no por un contenido explícito, por la exclusión a determinados sectores poblacionales o por un fanatismo nacionalista, sino en las formas mismas de percepción organizadas a priori que excluyen de la experiencia todo lo que no está previamente digerido por la regla de la adaptación. En última instancia, a quién se excluye es a quién no se ha adaptado: “-Ninguno tendrá frío ni hambre; quien no obstante lo haga, terminará en un campo de concentración-: este lema chistoso, proveniente de la Alemania nazi, podría figurar como máxima en todos los portales de la industria cultural” (Horkheimer y Adorno, 1998, p. 194). Lo que este lema profundamente contradictorio logra expresar, es un rasgo común de la era totalitaria: sólo lo que reproduce la imagen de la vida dada como una vida correcta tendrá lugar en la sociedad, mientras que a todo lo que quede por fuera de ella le corresponderá el terror.

Finalmente, lo que se devela es que la vida se organiza sólo en función de sostener lo dado, lo que se ha instituido desde un primer momento, exterminando aquello que queda por fuera del filtro de la adaptación. El carácter totalitario expresa su fuerza, no sólo en la potencia material que organiza una industria de la muerte como lo son los campos de concentración, sino que se expresa en la atrofia de las facultades espirituales que colaboran en el discernimiento. Y rescatamos este último aspecto porque tal discernimiento, en definitiva, es el que permite la diferenciación entre el carácter ilusorio de la imagen y la realidad, entre el arte y la vida, entre el relato de la película y la realidad fuera de la sala. A la experiencia que es sostenida por el esquematismo reificado de las asociaciones, que no “deja a la fantasía ni al

pensamiento de los espectadores ninguna dimensión en la que pudieran pasearse y moverse por su propia cuenta” (Horkheimer y Adorno, 1998, p. 171), la han caracterizado como “experiencia empobrecida” (p. 88).

El motivo de una experiencia empobrecida como una forma de barbarie ya se encontraba en Benjamin, (1994) pero el diagnóstico es enriquecido y profundizado por Adorno y Horkheimer. Lo barbárico puede comprenderse como una regresión a determinado mimetismo al servicio, no sólo de la supervivencia, sino al del dominio de la naturaleza (Horkheimer y Adorno, 1998). Ahora bien, esta lógica barbárica no es caracterizada como un mero retorno a un estadio anterior, sino que presenta ciertos rasgos actualizados. En este sentido Adorno y Horkheimer (1998) resaltan que

(...) la constelación dentro de la cual se instauro la identidad –la inmediata de la mimesis como la mediata de la síntesis, la adecuación a la cosa en la ciega actuación de la vida o la comparación de lo reificado en la terminología científica- es siempre la del terror. (p. 225)

Así, incluso la ciencia más actualizada puede presentarse como una forma sublimada del impulso mimético en pos del dominio (Horkheimer y Adorno, 1998, p. 226). Lo que resulta significativo es que el objeto de esta crítica no es la reflexión, necesaria detrás de la síntesis, sino la síntesis realizada por la automatización de procesos espirituales. Esta síntesis automática transforma a la experiencia en un ciego decurso mecánico, lo que conllevaría un empobrecimiento de la reflexión. De esta manera podríamos comprender que lo que los autores señalan es que no es pensable un empobrecimiento de la experiencia sin un empobrecimiento de la reflexión:

Esta regresión no se limita a la experiencia del mundo sensible, ligada a la proximidad física, sino que afecta también al intelecto dueño de sí, que se separa de la experiencia sensible para sometérsela. La unificación de la función intelectual, en virtud de la cual se realiza el dominio de los sentidos, la resignación del pensamiento a la producción de conformidad, significa empobrecimiento tanto del pensamiento como de la experiencia. (Horkheimer y Adorno, 1998, p. 88)

Es esta experiencia endurecida, reificada, la que Adorno lograba reconocer tanto en la Alemania nazi como en la emergente industria de la vida estadounidense. Una experiencia que sólo puede mantenerse viva a costa de asemejar su muerte, que sólo debe acatar y adaptarse al mundo tal cual es preparado y digerido de antemano.

Para comenzar a profundizar en el aspecto delirante de la experiencia empobrecida nos resulta necesario recuperar la noción de falsa reconciliación que los autores sostienen en *Dialéctica de la Ilustración*. Como hemos mencionado anteriormente, la experiencia que se desarrolla sobre el ciego decurso del esquematismo permite una producción inmediata (sin mediación de la reflexión) de la imagen percibida como “copia exacta, acreditada y fiel del trocito de realidad correspondiente” (Horkheimer y Adorno, 2009, p. 283). Cada mínimo elemento del mundo es dominado por la impaciente asociación. Y la inmediatez de tal síntesis colabora con el impulso de concebir tal juego de vinculaciones como un “lenguaje natural”. Las palabras logran tal identificación con el mundo que “se convierten en un sistema alucinatorio, en el intento de ocupar mediante el espíritu aquello a lo que su experiencia no llega, de dar violentamente un sentido al mundo que él mismo le deja sin sentido...”

(Horkheimer y Adorno, 1998, p. 238). La cita permite dar cuenta de la función que comienza a tener el delirio ante la necesidad de compensar el vacío que deja la experiencia empobrecida al intentar suturar la distancia entre el mundo y su sentido. La falsa reconciliación necesita del delirio para hipostasiar, sin margen de error, la ilusión de la identidad, la ilusión de correspondencia absoluta entre “fenómeno y esencia” (Horkheimer y Adorno, 2009, p. 239). Este delirio logra dar orden al mundo sin la reflexión sobre sus particularidades no integrables, eliminando o elaborando toda imagen para la perfecta correspondencia con su propio tejido mítico. Este automatismo logra excluir de la experiencia toda cualidad que no es reconocida a priori por sus conceptos: “Así prospera la falsa reconciliación, esto es, la absorción de toda instancia opuesta y negativa por la realidad omnipotente y la eliminación de la disonancia por la totalidad de lo malo” (Horkheimer y Adorno, 2009, p. 297). De esta manera sólo logra experimentarse lo absolutamente conocido, sin elementos ajenos que desestabilicen el esquema, o que exijan el esfuerzo y la fatiga de la reflexión individual. La experiencia inmediata del mundo se revela tan falsa como aquella otra que, aunque mediada conceptualmente, detiene la reflexión con la absolutización ingenua del concepto. El delirio, en todas estas instancias, se manifiesta como el detenimiento del pensamiento en pos de otorgar sentido absoluto a las imágenes del mundo.

Si el esquematismo de la percepción logra atrofiar la reflexión, facultad que permite discernir el carácter ilusorio de la imagen con respecto a su sentido último, los momentos de sueño y vigilia se fusionan (Horkheimer y Adorno, 2009, p. 284). Incluso el arte, que en su etapa burguesa había conseguido el mayor distanciamiento con respecto a la realidad inmediata, es capturado por el mismo esquema de percepción que se exige para clasificar cualquier otra mercancía. La exigencia que la obra reclamaba en su experiencia es reducida al efecto psicotécnico que genera en el consumidor o al mensaje conceptual, encriptado cual adivinanza. Toda tensión y esfuerzo que la obra requería del sujeto para trascender la inmediatez es rechazada para permanecer en la ilusión del sentido primariamente capturado. Sentido que se mantiene coherente y reconciliado con la misma vida práctica. El triunfo de esta experiencia reificada, obnubilada, alcanza para Adorno y Horkheimer (2009) grado de “enfermedad colectiva: la reducción de la obra de arte a la razón empírica estaba dispuesta a tornarse en todo momento en abierta locura” (p. 284).

### **3. Debilitamiento del yo y fascismo**

El trabajo de Adorno da cuenta de su interés tanto por distinguir una etapa pasada “liberal-burguesa” con respecto a una “era totalitaria”, como al mismo tiempo reconocer ciertos rasgos fundamentales compartidos entre el nazismo alemán y la cultura de masas estadounidense. El carácter totalitario de esta nueva etapa del capitalismo es continuamente descripta por su creciente poderío sobre la vida de los individuos, al punto de que se constituye para Adorno como “una amenaza para la vida individual” (Zamora, 2001, p. 236). Los aportes del psicoanálisis resultaron cruciales para profundizar la comprensión y la vinculación de la situación de la experiencia empobrecida, el delirio y las expresiones fascistas. Por su parte, José Zamora y Jordi Maiso han realizado estudios que permiten observar los modos en los que la Escuela de Frankfurt, aunque centrándose en la figura de Adorno, ha

trabajado con los conceptos del psicoanálisis. Señalan que el delirio, el cual desde Freud no deja de entenderse como una forma de (falsa) curación (Freud, 2017), tiene su momento de necesidad y objetividad en la dialéctica entre determinada situación social y la dinámica psíquica de los sujetos (Maiso, 2013).

La adaptación de la vida interna, de las necesidades y de los deseos del sujeto a un esquema aceptado que no exponga los tabúes de la sociedad, encuentra parte de su explicación en la amenaza latente de ser exterminado (o excluido) que pesa sobre el individuo. Coinciden Zamora y Maiso en comprender que la unidad de la época, con expresiones aparentemente dispares como el nacional-socialismo y la industria cultural estadounidense, se hallaba en “la disminución del peso de la mediación individual” (Maiso, 2013, p. 141) tanto en el entero proceso social, como también en la vida interna de los sujetos. La propia individualidad resultaría cada vez más un factor costoso para una formación social “caracterizada por procesos de masificación y tecnificación, unidos a la creciente concentración de poder en monopolios económicos” (Maiso, 2013, p. 141). Incluso ante una situación social que exige del sujeto cuotas de sacrificio individual cada vez más irracionales en pos de su integración, los mecanismos internos de la psiquis no dejan de buscar alternativas de adaptación. Pero los autores reconocen que el mayor grado de violencia con el cual las coacciones de estas sociedades totalitarias se imponen a los individuos deja menor margen para la resistencia y la mediación individual en el proceso de interiorización de tales exigencias (Zamora, 2001, p. 237). El poderío del aparato social logra suprimir “la distancia y la tensión entre el individuo y la colectividad, así como entre sujeto y realidad” (Zamora, 2001, p. 236). Y el carácter autoritario con el que se impone la norma de supervivencia exige tal resignación de lo individual que el Yo debilitado se ve obligado a “acogerse a poderes sociales más poderosos, de los que hace depender sus decisiones morales” (Zamora, 2001, p. 239). El entero esquema de la sensibilidad, la percepción y, podemos agregar ahora, de los valores morales del Yo debilitado reposa sobre las formas sociales impuestas violentamente. De esta manera se abona al proceso de evanescencia de las fronteras entre lo propio del individuo y lo exigido socialmente, pero también, como señala Zamora (2001), entre sujeto y realidad (p. 236).

Las consecuencias de tal esfuerzo por la adaptación llevan a la economía psíquica a construir una conciencia que esté al servicio de la moderación del malestar causado por la frustración. El psicoanálisis les permite a los pensadores de Frankfurt dar explicaciones sobre la fundamentación y el rol de los elementos ilusorios de la conciencia en pos de la adaptación.

Por su parte, Maiso (2013) vincula estas ilusiones a la idea de falsa conciencia que los teóricos críticos han sostenido. Así comprende que los mecanismos de estas ilusiones delirantes tienen su fundamentación en la sobre-exigencia al entero aparato psíquico:

(...) como el inconsciente sigue siempre la línea de la menor resistencia, la falsa conciencia es expresión de necesidad y deseos profundamente arraigados en la psicología de los individuos socializados; para poder satisfacerlos sin faltar a las demandas del principio de realidad, la economía libidinal busca soluciones de compromiso con las exigencias de una avasalladora realidad externa que dicta las condiciones de la autoconservación. La falsa conciencia juega por tanto un papel similar al de aquellas formaciones reactivas, ofreciendo gratificaciones y posibilidades de descarga que no ponen

en peligro la adaptación ni rompen los tabúes sociales. (...) Guiada por la economía de las pulsiones necesita el opio que le ofrecen las formas de gratificación socialmente toleradas que a menudo lleva a los sujetos a asimilar la realidad como un mundo imaginario. (pp. 142-143)

Sin considerar estas ideas como una especie de “génesis de la falsa consciencia”, resulta significativo para nuestro propósito resaltar el lugar que puede ocupar este “mundo imaginario” en su vinculación con un profundo malestar de los individuos en estas sociedades totalitarias. Así, como planteábamos anteriormente, las fronteras entre las imágenes del mundo y la percepción de un sentido cerrado tienden a borrarse por la falta de determinada mediación subjetiva. La falta de tal mediación reflexiva del sujeto es relegada por el esquematismo de la percepción, el cual logra ser impuesto socialmente como norma, como coacción. La locura que deviene puede ser rastreada en el mismo sufrimiento que genera la represión externa de los propios impulsos y la imposición el esquema adaptativo. Pero si la falsa reconciliación permitiría al sujeto el engaño de formar parte de la experiencia plena de sentido entre lo fenoménico y su supuesta esencia (reduciendo la totalidad de lo real a la experiencia inmediata o a su concepto), la falsa conciencia permitiría a los individuos compensar el sentimiento de inferioridad ofreciendo “la ilusión de participar en el poder social (...) mediante el refugio en un narcisismo colectivo” (Maiso, 2013, p. 144). En este último caso, el sujeto - y aquí podríamos comenzar a comprender como sujeto fascista- logra una identificación con la fuerza coactiva externa, percibiéndose como lo absolutamente adecuado al poder social; como una expresión particular del poder universalizante.

Podríamos pensar que tanto la falsa reconciliación como la falsa conciencia requieren de un elemento delirante, carente de reflexión individual, para suturar la separación entre el mundo y su sentido, o entre el sujeto y la sociedad, especialmente en la sociedad totalitaria. Ambos casos, además, se caracterizan por tender a exterminar todo dato, aspecto o peculiaridad que difiera de los propios esquemas impuestos de antemano. En definitiva, aquello “otro” no integrable, ajeno, debe ser eliminado a través de la fantasía o, finalmente, a través del pasaje al acto homicida. En este sentido, Adorno y Horkheimer (1998) refieren a los actos de linchamiento fascistas como forma de descarga violenta posibilitada por la ausencia de reflexión, por la aniquilación de lo no integrable: “El antisemitismo es un esquema rígido, más aún, un ritual de la civilización, y los pogroms son los verdaderos asesinatos rituales. En ellos se demuestra la impotencia de aquello que los podría frenar: de la reflexión, del significado (...)” (p. 216). La movilización de este malestar y su descarga violenta resultó expuesta en los análisis de los mecanismos del antisemitismo y los movimientos fascistas en la esfera política. En la dinámica subjetiva de la personalidad autoritaria, o del sujeto fascista, la estimulación de las heridas y los malestares de los conflictos inconscientes logra ser capitalizada por los discursos que condensan odio y repudio a una determinada comunidad. Se logra configurar un contenido político específico que permite dar cuerpo a la fantasía de reducir todo lo malo a un determinado elemento “no integrable”:

Los estímulos de lo ideológico estarían estructurados del mismo modo que el sueño, dado que se basan en la condensación y el desplazamiento, y sus modos de compensar los deseos inconscientes se basan en el acuerdo tácito con los tabúes sociales, favoreciendo la continuación del ‘sueño inconsciente’ y protegiendo a los sujetos tanto de caer en la ‘asocialidad’ como del engorroso peso de la libertad. (Maiso, 2013, p. 145)

Si el contenido político explícito en el discurso posibilita mecanismos de dominación al movilizar los conflictos internos, la crítica, señalarán los pensadores de Frankfurt, no debe centrarse en el contenido preciso, enunciado, de la ideología:

La crítica de las ideologías totalitarias no debe refutarlas, porque éstas ya no pretenden ser consistentes, o lo pretenden sólo de un modo vago. Por el contrario sería oportuno analizar en qué disposiciones humanas se basan, qué es lo que aspiran a suscitar, y esto está bien lejos de las declaraciones oficiales. (Maiso, 2013, p. 145)

Es justamente por ello que no resulta de interés en este trabajo analizar concretamente las ideas postuladas por las ideologías totalitarias, sino más bien las mismas formas totalitarias que se pueden rastrear en la experiencia. Para esto sí nos resulta pertinente recuperar el concepto adorniano de experiencia de la obra de arte, que logra ser un contrapunto con respecto a diversos rasgos de la experiencia empobrecida. Estas comparaciones parciales permiten también una clarificación y profundización de nuestro problema a través del contraste entre ambas experiencias.

#### **4. Inmediatez y reflexión en la experiencia de la obra de arte**

En este tercer momento, nos interesa rescatar algunos elementos que en la obra de Adorno se presentan contrastantes en relación a la ya trabajada experiencia empobrecida. Adorno no ha sido un teórico que se haya encargado tanto de encontrar soluciones prácticas a los problemas sociales como más bien buscar una comprensión de los mismos. Razón por la cual no sostendremos que el concepto de experiencia del arte pueda comprenderse como una mera oposición o alternativa posible a la experiencia esquemática que describen Adorno y Horkheimer en el marco de la industria cultural. Ahora bien, sí nos resultan significativos los desarrollos de sus reflexiones en torno a la experiencia estética como aquella que, por su negatividad, nos permite un momento de crítica a los modos de percepción, interpretación y organización del “mundo administrado”, y no una inmediata transformación del mismo. A continuación plantearemos algunas de estas reflexiones a manera de contrapunto con lo expuesto en los primeros dos momentos del presente texto, sin que el orden de presentación implique necesariamente una jerarquía o peso relativo particular.

Uno de los aspectos resaltados de la experiencia empobrecida se relacionaba con su inmediata vinculación entre la imagen - como una aparición particular- y el sentido - como significado metafísico absoluto. Este automatismo en la asociación que convierte a la imagen en realidad inmediata (Horkheimer y Adorno, 2009, pp. 283-284), está a la base de lo que ya hemos señalado con “poesía de lo cotidiano”, donde todo lo que presenta la vida práctica ya lleva su razón de ser, su ser más allá de sí, “escrita en la frente”. La experiencia frente a la obra de arte no exige, para Adorno, desconocer este momento de inmediatez, sino más bien trascenderlo en una mediada separación. La consciencia estética es concebida como aquella que contiene la fuerza para mantener la tensa separación entre la apariencia y el sentido dado con ella (Horkheimer y Adorno, 2009, pp. 283-284). Al reconocer un momento de falsedad en la relación automática, la experiencia contiene un momento de no identidad. Este “lenguaje natural” que identifica “sonido, imagen y palabra”, es puesto en suspenso.

Es un momento en el que persiste la tensión entre lo particular sensible y el todo conceptual, pero no como un momento meramente mimético irracional, sino que al mismo tiempo exige del sujeto la vivificación de sus facultades cognoscitivas (Adorno, 2008, pp. 322-323). El momento del distanciamiento permite reconocer el carácter delirante de la inmediata identidad, exigiendo una mayor mediación del sujeto individual en los procesos de percepción e interpretación.

Pero, como hemos ya anticipado, no se trata de descartar como mera arbitrariedad los momentos de inmediatez de los estímulos. Esto, porque el abordaje de la experiencia estética sólo puede articularse mediante la consideración de sus dispares momentos, los cuales no son ni consecutivos ni jerárquicos, “sino que todos los momentos de la experiencia estética son recíprocos” (Adorno, 2008, p. 449) y por ende, se necesitan mutuamente. Entonces, este momento de inmediatez es contenido en la experiencia e incluso resulta relevante y determinante para el resto de los momentos. Ello se debe a que es un momento primario que Adorno (2013) ha caracterizado como un estar-dentro: “Este carácter del estar-dentro de la obra de artes es más bien el cómo se vive en un lenguaje de manera inmediata, sin reflexionar (...)” (p. 347).

Este momento también es caracterizado como un entregarse ciegamente al estímulo, el cual se experimenta sin mayor mediación subjetiva. Sin embargo, este “vivir inmediatamente la obra” guarda su criterio de realidad en tanto es el momento que percibe lo dado, que reconoce de manera instantánea un sentido sedimentado en las obras, históricamente producido. Reconocer la inmediatez en su carácter social implica que ya no es mera proyección individual, desconectada de todo principio de realidad. Lo que permite la separación que introduce la conciencia estética es el no dar la asociación, sin más, como una “naturaleza primera”. Más bien, las imágenes dadas sólo encuentran su realidad en su carácter y contenido histórico. En este sentido, Adorno refiere: “Los procesos latentes en las obras de arte y que irrumpen en el instante son su historicidad interior, la historia exterior sedimentada. El carácter vinculante de su objetivación y las experiencia de las que viven son colectivos” (Adorno, 2008, p. 120).

Es posible pensar entonces que, al incorporar el momento de inmediatez de la obra como un sedimento histórico, se vuelve a experimentar “el antagonismo entre la irrealidad de la *imagen* y la realidad del contenido histórico que aparece” (Adorno, 2008, p. 120). El distanciamiento que permite la conciencia estética, no es pensable sin la conciencia histórica de las imágenes, la cual posibilita no hipostasiarlas idénticas a un sentido absoluto. Aquella expresión individual de los momentos sensibles, que señalan por sí mismos su sentido, permanece en la experiencia de la obra como una “ilusión social necesaria” (Adorno, 2008, p. 126) y tiene su lugar como potencial elemento pleno de coherencia dentro de la obra.

Si los materiales, los objetos y las asociaciones de sentido están preformados histórica y socialmente, deberíamos al mismo tiempo reconocer que en realidad no puede hablarse de una absoluta inmediatez. En este sentido la experiencia de la obra de arte, al incorporar la supuesta inmediatez sólo como un momento en la experiencia, en realidad no deja de reconocer “la inmanencia de la sociedad en la obra” (Adorno, 2008, p. 307) como una relación social esencial del arte. Y en este sentido el delirio de la identificación absoluta gana mediación subjetiva, se vuelve reflexionada y desmitificada como un elemento social e histórico inmanente.

Ahora bien, la experiencia de la obra de arte no se agota en el reconocimiento de la sociedad y la historia dentro de la obra, sino que el “cómo se encuentra el

arte concretamente en la historia proclama exigencias concretas” (Adorno, 2008, p. 476). La reflexión sobre el sentido de la obra se incorpora como otro momento constitutivo de la experiencia. Frente al esquematismo de la experiencia empobrecida - el cual, como hemos caracterizado, sólo reconoce lo dado como algo ya cerrado en su sentido inmediato-, la experiencia de la obra de arte reclama elaborar el sentido en una co-realización con la obra. Es decir, se vuelve necesaria la facultad reflexionante del sujeto para realizar la vinculación de lo presente sensiblemente, con lo que la obra no tiene inmediatamente, aquello que reclama ser construido más allá de lo sensible (Adorno, 2013, p. 348). Este momento depende de la vivificación de las facultades comprometidas en toda experiencia cognoscitiva, tanto aquellas vinculadas a la captación de lo sensible, como su integración en una unidad de sentido. Esta integración, para no convertirse en mero esquematismo, ni mera proyección caprichosa, depende del reconocimiento de los problemas contenidos en la obra, como algo inmanente, propio del objeto estético, a la vez que anclado en su condición histórica.

Como señala Rebenitsch (2018), el concepto de experiencia estética de Adorno está basado en un oyente “que sigue la música con una atención presente” pero capaz de una articulación precisa de los acontecimientos musicales individuales en el tiempo “de tal modo que se evidencien en su función en el contexto musical como dinámica temporal” (p. 252). El trabajo crítico interpretativo de la obra, como parte constitutiva de la experiencia de la obra, depende de la coherencia establecida entre los distintos elementos de la obra: “Para Adorno, escuchar significa oír la construcción, participar en la composición creando relaciones que se adelantan y retroceden en el tiempo” (Rebenitsch, 2018, p. 246). Y se trata de una “co-realización” en tanto ni es el sujeto que “desde fuera” impone los conceptos y la ley al objeto, ni la obra presenta inmediatamente realizada la experiencia de sentido. “Precisamente para eso, para el devenir estrictamente de la cosa en sí, es menester la intervención subjetiva, o más bien, la participación constitutiva del sujeto en su organización, algo que esta misma exige en su reciprocidad” (Adorno, 2006, pp. 535-536). Construir la obra “una vez más” en la experiencia implica rechazar el esquema que la fagocita sin reflexión para dominarla. Lo que nos permite el momento reflexivo constructivo, es por un lado partir de los aspectos inmediatos de la obra, a la vez que resistirse a la identificación plena, reconociendo el carácter no absolutamente integrable del fenómeno. Esta relación entre el carácter comprensible y no comprensible de la obra de arte quizás esté mayormente trabajada por Adorno con el concepto de carácter enigmático de la obra.

Como hemos señalado en la primera parte del trabajo, el proceder automático de del esquematismo de la cultura de masas lograba una identificación plena entre el mundo y su sentido. En parte esto se garantizaba, dentro de la conciencia, por la eliminación de todo aquello que no se ajustaba al concepto. Lo no integrable, aquello irreconciliable con el esquema, debía ser suprimido, excluido de la experiencia. Sólo a partir de la forzada integración del mundo al esquema perceptivo era posible la experiencia ilusoria de la reconciliación. Frente a esta experiencia de represión a lo no adaptado el concepto de experiencia de la obra de arte permite pensarse como una resistencia. Si la experiencia de la obra de arte no puede reducirse ni a la aprehensión inmediata de lo sensible ni a la elaboración de una síntesis que integre plenamente todos sus momentos bajo un sentido último, debe pensarse que Adorno vuelve a hacer hincapié en el momento negativo de la experiencia. Si bien

hemos desarrollado algunos motivos por los cuales Adorno reconocía el momento necesario de la construcción del juicio y la crítica, tampoco éste se presentaba como el momento en el que la obra de arte se realizaba plenamente. La no-identidad entre lo sensible y su concepto debía expresarse inmanentemente en la experiencia de la obra, sin impedir la crítica:

La tarea de una filosofía del arte no es eliminar mediante la explicación el momento de lo incomprendible, como siempre ha intentado la especulación, sino comprender la misma incomprendibilidad. Solo al mantenerse esto como carácter de la cosa, la filosofía del arte se libra de cometer acto de violencia contra el arte. (Adorno, 2008, p. 461)

Aquí comprenderemos este aspecto negativo de la experiencia de la obra como aquel que no detiene el proceder en la identificación o la construcción de sentido, sino como aquel que mantiene su estructura inconclusa, el momento irreconciliable. La persistencia en la no-identidad entre material artístico y sentido es comprendido, a diferencia del esquema autoritario, como un momento de no-violencia. La experiencia de la obra, en cuanto persiste en la tensión entre sus momentos, permite que “hable en favor de lo que el velo (del concepto) oculta” (Adorno, 2008, p. 461). Por lo que el carácter no-violento no se vincula con la ausencia de relaciones, vinculaciones y sentido, sino con una no clausura de la integración mediante la identidad:

Pero en tanto que integración sin violencia de lo divergente, la obra de arte trasciende al mismo tiempo los antagonismos de la existencia sin el engaño de que ya no existen. La contradicción más íntima de las obras de arte, la más amenazante y terrible, es que la reconciliación no las puede reconciliar, mientras que su irreconciliabilidad constitutiva impide que se reconcilien. Con el conocimiento coinciden en su función sintética, en la conexión de lo inconexo. (Adorno, 2008, p. 253).

Así, la obra de arte sabotea el rostro falso de la realidad dominada por el sujeto, cristaliza así la verdad de su negatividad, su carácter profundamente aparenial. El abusivo esquema del sujeto, que mediante el esquema captura el mundo, es refrenado un momento en la experiencia estética. Ésta entonces no puede concebirse como mera proyección caprichosa del sujeto, más bien es un momento de distanciamiento y sublimación del deseo de dominio:

(...) la experiencia estética es el movimiento contrario al sujeto. Exige algo así como la autonegación del contemplador, su capacidad de captar lo que los objetos estéticos dicen y callan por sí mismos. La experiencia estética pone distancia entre los contempladores y el objeto. (...) De este modo, la experiencia estética quebranta, como Schopenhauer sabía, el hechizo de la autoconservación obstinada. (Adorno, 2008, pp. 459-460)

## 5. A modo de conclusión

En este recorrido hemos vinculado ciertas cualidades de esta experiencia empobrecida, planteadas por los pensadores de Frankfurt, el rol del delirio y las lógicas fascistas. La posible articulación de estos conceptos permite considerar las formas en las que las lógicas del fascismo pueden ser rastreadas en el corazón de las democracias

que se desarrollan en el marco de un capitalismo monopolista, de una cultura de masas, o, como finalmente denominaron Adorno y Horkheimer, de la industria cultural. Si consideramos el recorrido que elaboramos en la primera parte del trabajo podremos sostener que el totalitarismo puede encontrarse ya no sólo en el contenido explícito del discurso, sino más específicamente en una forma de experiencia que no permite la incorporación de elementos que pongan en tensión el esquematismo del mundo administrado. El totalitarismo que busca hacerse de la vida interna de los individuos encuentra al delirio como aliado para permitir la falsa reconciliación entre sujeto y sociedad, o entre sujeto y objeto. Luego, en un segundo momento, hemos incorporado algunos elementos del psicoanálisis para complejizar la dialéctica entre los contextos sociales que exigen adaptaciones más violentas y la dinámica de la economía psíquica de los individuos. Así, la falsa reconciliación que presentamos al comienzo se comprende aquí en articulación con una (falsa) conciencia al servicio de la adaptación, que permite compensar a través del delirio el vacío de la experiencia empobrecida. Se constituye de esta manera una apuesta al esclarecimiento de los vínculos que pueden establecerse entre el delirio, el debilitamiento del Yo y las expresiones fascistas. Finalmente, en el tercer momento, buscamos repensar los conceptos presentados a la luz de otro tipo de experiencia que Adorno denominó experiencia de la obra de arte. Esto nos permitió profundizar en la caracterización de la experiencia empobrecida a partir del contraste y a la vez tensionar los conceptos de inmediatez y reflexión previamente presentados.

Por momentos, el diagnóstico que los autores realizan en el texto sobre la industria cultural puede ser leído como un triunfo fatal del entrecruzamiento entre ilustración y dominio, conjunción que lograría aniquilar las bases objetivas y subjetivas para la constitución del individuo. Sin embargo esta lectura también debe ser matizada a partir de los mismos autores. Ellos señalan que, en definitiva, el malestar que no se resuelve, que perdura en los sujetos, da cuenta de la imposibilidad de una identidad total entre el individuo y la sociedad, mostrando así los límites de la alienación total. La cosificación del sujeto, la plena integración, aparece entonces como una “posibilidad objetiva” (Weber, 2006) más que como un hecho consumado. Se expresa esta posibilidad en las repetidas maniobras esquemáticas que se realizan en el entero proceso de socialización, donde se aboga por “la incorporación de todas las tendencias de la industria cultural en la carne y la sangre del público” (Horkheimer y Adorno, 1997, p. 181). Sin embargo, los autores nunca han dejado de señalar que los sujetos, en sus prácticas concretas, representan siempre el límite de tal cosificación (Horkheimer y Adorno, 2009, p. 312).

Finalmente, estos aportes buscaron profundizar la reflexión sobre las formas de la experiencia, reconociendo las dificultades y las consecuencias implícitas en ellas. Ante contextos de crecimiento de las desigualdades sociales y las expresiones fascistas que ganan peso paulatinamente, se vuelven imprescindibles aquellas consideraciones que permitan repensar no sólo las formas de producción, organización y sociabilidad, sino el lugar de la experiencia, la sensibilidad y la reflexión. Por esto último, resulta significativo volver a las consideraciones que Adorno hacía sobre la experiencia de la obra de arte, incluso reconociéndola como aquella que toma distancia de la experiencia de la vida práctica.

## Referencias

- Adorno, T. W. (1991). *Actualidad de la filosofía*. Paidós.
- Adorno, T. W. (2006). Vers une musique informelle. En *Escritos musicales I-III* (pp. 503-549). Akal.
- Adorno, T. W. (2008). *Teoría Estética*. Akal.
- Adorno, T. W. (2013). *Estética (1958/59)*. Las cuarenta.
- Benjamin, W. (1994). Experiencia y pobreza. En *Discursos Interrumpidos* (pp. 165-173). Planeta-De Agostini.
- Freud, S. (2017). *Lo inconsciente*. CreateSpace Independent Publishing Platform.
- Horkheimer, M., y Adorno, T. W. (1998). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Trotta
- Horkheimer, M., y Adorno, T. W. (2009). El esquema de la cultura de masas. En *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos* (pp. 281-316). Akal
- Jameson, F. (2010). *Marxismo Tardío. Adorno y la persistencia de la dialéctica*. Fondo de cultura económica.
- Maiso, J. (2013). La subjetividad dañada: teoría crítica y psicoanálisis. *Constelaciones*, (5), 132-150.
- Rebentisch, J. (2018). *Estética de la instalación*. Caja Negra Editora.
- Weber, M. (2006). La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social. En *Ensayos sobre la metodología sociológica* (pp. 39-101). Amorrortu editores.
- Zamora, J. A. (2003). Th. W. Adorno y la aniquilación del individuo. *Isegoría*, (28), 231-243.
- Žižek, S. (2020). Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo de ‘Kill Bill’ y podría conducir a la reinención del comunismo. En P. Amadeo, *Sopa de Wuhan* (pp. 21-28). ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio).